

Representaciones de subjetividades y espacios marginales en *Bajo este sol tremendo* de Carlos Busqued

Bruno Giachetti

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

brugiachetti@gmail.com

Resumen

La novela de Busqued transita un espacio periférico, ciertas áreas marginales que delimitan un recorrido fuera de ley. Sus personajes proponen las voces y las miradas en función de las cuales el relato configura la trama de una pequeña red delictiva basada en el secuestro, la extorsión y los métodos más crueles y violentos sobre sus víctimas.

La novedad de la novela radica en la normalización y banalización de la violencia, la ausencia total de una conciencia capaz de interrogarse. Los personajes de esta red delictiva parecen desconocer el hecho de que están haciendo algo reprobable. La víctima es despojada de su condición humana, se la percibe como un otro animalizado. El registro del relato se entrelaza con los documentales sobre la vida salvaje de los animales. La crueldad y el salvajismo animal ofrecen una guía de perspectiva para observar la realidad cotidiana desde una mirada que naturaliza la violencia enmarcando a los sujetos como seres biológicos, despojados de atributos humanos.

La violencia hacia el otro es practicada y asumida como si fuera un juego. Así la representación de estas subjetividades da cuenta de cierta obturación sensorial que impide interrogarse y cuestionar las prácticas que conforman los patrones de comportamiento de una cotidianidad atroz.

Abstract

Busqued's novel walks through a peripheral space, certain marginal areas that delimit a trip out of the law. The characters' voices and views are used to relate the story of a small group of delinquents who use kidnapping, extortion and the most violent and cruel methods upon their victims.

The originality of the novel is in its normalization of violence and the complete absence of a voice capable of questioning that violence. The members of the group seem completely unaware of the reprehensible acts they are committing. The victim has his humanity taken away, he is perceived as an other, an animal. The narrative voice is interlaced with the language of documentaries that observe the wild life of animals. This animal cruelty and savageness offers a perspective that observes day to day life from a point of view in which violence is normal and its subjects become biological beings removed of their human attributes.

Violence towards the other is assumed and practiced as if it were a game. Through this presentation of subjectivity, a sensory obstruction is realized that prevents the examination and questioning of the practices which form the rules of behaviour in an atrocious daily life.

La novela de Busqued transita un espacio periférico, ciertas áreas marginales que delimitan un recorrido fuera de ley. Sus personajes proponen las voces y las miradas en función de las cuales el relato configura la trama de una pequeña red delictiva compuesta por integrantes de las fuerzas armadas, la policía y el aparato burocrático de la obra social militar. Esta red basaba su accionar en el secuestro, la extorsión y los métodos más crueles y violentos sobre sus víctimas.

La historia de *Bajo este sol tremendo* se desarrolla entre ciertos barrios periféricos de la Ciudad de Córdoba y Lapachito, un pequeño pueblo de la provincia del Chaco al que Javier Cetarti se dirige para reconocer y retirar los cuerpos de su hermano y su madre, asesinados por el concubino de esta última, Daniel Molina, ex suboficial de la fuerza aérea quien luego de cometer el crimen se habría suicidado de un disparo en la cabeza.

El suboficial Duarte, ex compañero en la fuerza aérea de Daniel Molina, le propone a Cetarti inventarle una discapacidad para cobrar el seguro de vida de la obra social militar repartiéndose luego el dinero entre los encargados de *dibujar* el trámite, Cetarti y el propio Duarte.

La pequeña célula delictiva que lidera el suboficial Duarte está compuesta también por miembros de la policía y de las obras sociales y Danielito, el hijo de Daniel Molina. Su metodología basada en el secuestro extorsivo incluía la tortura y el asesinato de sus víctimas.

Foucault (2006) sostiene que en las sociedades contemporáneas existen dispositivos de seguridad que regulan las prácticas de los sujetos en los espacios sociales de un territorio a los fines de garantizar la libre circulación de mercancías. Estas tecnologías de poder del capitalismo moderno no prohíben, como sucede con la leyes del código jurídico, ni prescriben, como ocurre con las reglamentaciones de los mecanismos disciplinarios, sino que tienden a considerar la *naturalidad* de los fenómenos sociales, políticos y económicos para encauzar la particularidad de su funcionamiento a una normatividad que favorezca la libertad de circulación, entendiendo circulación en un sentido amplio como desplazamiento, intercambio, contacto, forma de dispersión y de distribución.

Los dispositivos de seguridad circunscriben la singularidad de los fenómenos en límites aceptables para la dinámica mercantil de circulación y acumulación. En lugar de pretender anularlos o imponerles una ley o un reglamento, intentan canalizar los fenómenos mismos hacia su funcionamiento más favorable.

Žižek (2005a) se refiere a reglas sociales implícitas para dar cuenta de una legalidad *no dicha*, un resto social *oculto* y *obsceno* que regula ciertas prácticas de los sujetos en las que la ley escrita queda suspendida. Para Agamben (1998), el espacio político moderno conlleva un paradigma oculto, un *estado de excepción* en el que el hombre es concebido fuera del Estado de derecho y en función del cual se definen los marcos de la legalidad.

La novela de Busqued recorre zonas silvestres, desbordadas por una naturaleza exuberante que penetra en cada una de las prácticas de interacción social que configuran la legalidad comunal. Los códigos comunales y las reglas sociales parecieran mantenerse *al margen* de la ley escrita, considerando la singularidad de los fenómenos como parte del paisaje natural. La lógica de acumulación delictiva basada en la extorsión, el secuestro y la tortura aparece como el correlato inevitable de un escenario sumergido en lo salvaje.

Desde su llegada a Lapachito, Cetarti se introduce en las zonas semi-rurales chaqueñas despojadas de toda comodidad e infraestructura urbana. El pueblo es un área dominada por la naturaleza y la vida silvestre. El clima asfixiante y la exuberancia del paisaje natural parecen ahogar cualquier intento por sobrepasar las condiciones más precarias y elementales de vida. Luego del reconocimiento de los cuerpos de su madre y su hermano, Cetarti sale de Lapachito en dirección a su casa en Córdoba. Antes de abandonar el pueblo, mientras carga nafta se encuentra con uno de los *especímenes* chaqueños que abundan en el relato, en este caso se trata de un escarabajo venenoso:

Mientras se llenaba el tanque, le llamó la atención una piedra que se movía sobre el fino colchón de barro, a unos diez metros. Caminó hasta ella: no era una piedra, era un escarabajo pardo del tamaño de una mandarina grande, con un cuerno parecido al de un rinoceronte en miniatura. En el extraño día y medio que le había tocado pasar en ese lugar, era la primera cosa que parecía dotada de realidad. Estiró la mano para levantarlo y verlo más cerca.

–Es venenoso, señor, no lo toque –dijo el playero, y aplastó el insecto de un pisotón. Se limpió los restos de la suela arrastrando el pie contra el piso.

–No hay escarabajos venenosos –protestó Cetarti.

–Preguntale al hombre de la gomería. Lo mordió uno más chico que éste y le tuvieron que amputar dos dedos, se le pusieron negros en cuestión de horas. Para cuando fue al hospital ya no había nada que hacer. Y sabe lo que son dos dedos para un gomero...

–Me imagino. Primera vez que escucho.

–Uh, son una plaga ahora estos cascarudos, están por todos lados, no sé de donde salen. Menos mal que son tan grandes, son fáciles de ver y se mueven lento. (2009: 46-47)

Este cascarudo es para Cetarti "la primera cosa dotada de realidad" en Lapachito. Los insectos y los animales silvestres conforman un foco de atención sumamente significativo en el relato. Para un gomero que había perdido dos dedos a causa de la mordedura de un escarabajo venenoso quedaba claro que la vida silvestre lo desbordaba y se hacía sentir en cada rincón del pueblo.

De regreso a su casa, Cetarti atraviesa el paisaje y la ruta chaqueña acompañado por música clásica y la marihuana que Duarte le había regalado, de esta manera, se relaja con la luz tenue del atardecer observando la *letanía arrítmica* de las pequeñas explosiones de los insectos contra el parabrisas: "Cetarti analizó esas décimas de segundo que transcurrían entre que el insecto entraba en el cono de luz y reventaba contra el vidrio. Notó que la trayectoria de aproximación de los insectos quedaba marcada en el aire, una curva irregular de luz difusa" (2009: 47).

La novela se detiene en los detalles de la vida natural. Hay un registro que hace foco en lo mínimo, en pequeños elementos dotados de vida, su metamorfosis, su devenir y su descomposición. La realidad parece adquirir relevancia con la percepción detallada y minuciosa de los insectos y de los animales que transitan el espacio del relato. Y si en estos

detalles encontramos la inmediatez de quien percibe la realidad desde una mirada próxima al escenario narrado, también la novela ofrece un registro mediatizado de la vida salvaje a través de los documentales de Animal Planet y Discovery Channel y los artículos de la revista Muy Interesante.

Luego de alimentar a un chico que tenían secuestrado en condiciones infrahumanas, Danielito se arma un cigarrillo de marihuana y lo fuma mirando un programa sobre elefantes asesinos:

Habitualmente tomados por tranquilos y pasivos, los elefantes indios domesticados cada tanto leen mal un gesto, tienen dolor de muelas, intuyen un peligro. «O simplemente se hartan de los humanos», como explicaba el dueño de un circo norteamericano cuyo elefante mató de un colmillazo y luego aplastó a patadas a su domador en plena función. Luego, el animal había escapado para matar a otras personas y causar considerable daño a la propiedad pública y privada, antes de morir acribillado por la policía. [...] Los elefantes de la selva también son temidos por la gente: en Mal Bazaar, Bengala Occidental, hay algunos que tienen más de treinta muertos en su cuenta y los nativos les han puesto nombres individuales. Les conocen costumbres y zonas de aparición, y evitan encontrarse con ellos. Sin embargo los elefantes asesinos a veces bajan a las aldeas. Según coinciden varios testimonios, «son animales muy silenciosos y se acercan sin hacer ruido». Tocan a la puerta y, cuando se les abre, golpean al incauto con la trompa. Una trompa movida por tres mil músculos y empujada por cinco toneladas de peso. (2009: 35-36)

Danielito observa el documental cuando Duarte llega a la casa, lo saluda y baja al sótano para controlar al secuestrado. El chico al reconocerlo emite gritos agudos, *como un cerdo asustado*, luego esos gritos se apagan un poco "como si al cerdo le hubieran envuelto la cabeza en una toalla" (2009: 36). Danielito, indiferente, sube el volumen del televisor para seguir atento el documental de los elefantes asesinos.

En *Bajo este sol tremendo* encontramos una continuidad entre el relato de los documentales de la vida animal, el registro de la fauna chaqueña y las formas de interacción social de los sujetos, como si las leyes naturales del reino animal reflejaran la particularidad de la vida humana.

La novedad de la novela radica en la *normalización y banalización* de la violencia, la ausencia total de una conciencia capaz de interrogarse. Los personajes de esta red delictiva parecen desconocer el hecho de que están haciendo algo reprobable. La víctima es despojada de su condición humana, se la percibe como un otro animalizado. La crueldad y el salvajismo animal ofrecen una guía de perspectiva para observar la realidad cotidiana desde una mirada que naturaliza la violencia enmarcando a los sujetos como seres biológicos, despojados de atributos humanos. En este sentido, Duarte le expresa a Danielito su impresión sobre el intento de suicidio de su madre:

–Aaah, qué boludo. Me sonó a pastillas de algo. Así que raticida. Es tremenda, eh, la ataca un dogo y ella lo termina cagando a palos, se clava dos cajas de veneno para ratas y no se muere... Tu vieja es como Chuck Norris, pero mala onda. No la tendrías que haber salvado. Ahora te va a quedar toda parálitica y vas a tener que darle de

comer con cuchara y lavarle el orto cada vez se cague. La hubieras dejado que palme. (2009: 130)

La violencia hacia el otro es practicada y asumida como si fuera un juego. Danielito se pasa la tarde fumando marihuana y mirando televisión, de vez en cuando se levanta para controlar a la mujer que tenían secuestrada, a quien Duarte se encargaba de *domesticar* mediante la tortura física y psicológica, y mientras vigila a su víctima se entretiene con los avioncitos de juguete que el suboficial armaba y coleccionaba en su casa.

El trato inhumano de Duarte y Danielito hacia los secuestrados sucede sin *impaciencia* ni sobresaltos. En sus operativos realizados con una ambulancia van con toda naturalidad coreando chamamé o escuchando un casete de Jorge Corona, con chistes sobre gauchos que culean chanchas y mexicanos que gritan “¡viva la menstruación!”. La vejación, el maltrato y la humillación de sus víctimas son para los ejecutores formas de diversión, y parte de una rutina y una normalidad diaria que permite incluso que estos *divertimentos* sean concebidos como prácticas agradables y disfrutables.

Pilar Calveiro sostiene que lo que aterra en las imágenes de los torturadores y perpetradores de las cárceles de Abu Ghraib y Guantánamo son las risas, los dedos haciendo la V de la victoria, las poses para obtener la foto del recuerdo y la voluntad misma de preservar la escena como recuerdo, que dan cuenta de una *obturación sensorial* que impide interrogarse y cuestionar las prácticas que conforman los patrones de comportamiento de una cotidianidad atroz: "Junto al horror, sin verlo; ellos mismos *obturados sensorialmente, anestesiados*: ven sin ver y conviven con el horror sin sentirlo. En principio parecen torturadores orgullosos de serlo, lo que representa una auténtica novedad en la autorrepresentación del represor" (2012: 131).

Como bien sostiene Calveiro en las experiencias previas, tanto en la última dictadura argentina como en los campos de exterminio nazi, la tortura de los prisioneros era asumida por los perpetradores como un acto de furia vengativa o una "necesidad" instrumental. El torturador no se reconocía como tal, usaba eufemismos para nombrar su trabajo y tendía a pensarse como una especie de *técnico* que cumplía una función desagradable pero necesaria: “Al eludir las referencias y esconder ese “trabajo sucio” pero “inevitable”, esos torturadores parecían conservar cierta conciencia de haber transgredido algún tipo de principio ético con su práctica” (2012: 132).

Por el contrario, en las fotos de Abu Ghraib y Guantánamo lo que asombra es la ausencia de una conciencia capaz de interrogarse. Esta normalización y banalización de la violencia que es procesada por sus ejecutores como *juego* o *diversión* nos permite reflexionar también acerca de esta célula delictiva que encontramos en *Bajo este sol tremendo*.

La autorización institucional y la impunidad con las que son practicados el secuestro, la extorsión y la tortura refuerzan la *obturación sensorial* de los sujetos. Recordemos que Duarte forma parte de las fuerzas de seguridad del Estado, en este sentido, la novela de Busqued recorre los circuitos *ilegales* que funcionan paralelamente, y en los márgenes, de la legalidad oficial. Es esta legalidad *no dicha*, que se encuentra por fuera de lo que dictamina la ley escrita pero que al mismo tiempo se halla contenida en los ámbitos del

Estado, la que permite el desarrollo de estas formas de violencia en la que sus ejecutores no muestran ni el más mínimo registro de estar haciendo un daño al otro.

En este sentido, mientras preparan la operación para obtener el dinero del secuestro de una mujer anciana que llevarían a Córdoba, Duarte y Danielito miran en la televisión la noticia de un elefante que, durante años, había sido torturado en el circo para que aprendiera a bailar. Ya enfermo y viejo el elefante había sido donado al zoológico para su recuperación. Duarte comenta: “–Me encanta, me la llevaría a mi casa. Y sabés qué hago: le doy máquina, la cago a palos todos los días. Hasta que llegue la noche en que no aguante más, como los elefantes esos de la India” (2009: 170).

Duarte se entusiasma con la idea de torturar al elefante hasta que *no pueda más*. Hay una suerte de euforia lúdica en este acto gratuito, sin sentido, que sólo se justifica por el hecho de parecer divertido. Es esta sensibilidad desprovista de cualquier tipo de auto reflexión sobre las diversas formas de violencia la que domina las prácticas de los sujetos en *Bajo este sol tremendo*.

La obturación sensorial frente a prácticas violentas y extremadamente crueles conformaran el patrón de conducta de los personajes. Cetarti, quien termina siendo cómplice y colaborador del secuestro y la extorsión tal vez sin ni siquiera saberlo, es seguramente quien mejor expresa esta normalización y banalización de lo atroz en las prácticas cotidianas: “Pensó en Brasil, le gustó la idea de estar en la playa y ser extranjero. Escuchar un idioma distinto, no entender a las personas” (2009: 153).

Un sujeto *anestesiado* entre las dosis de marihuana ininterrumpidas, el calor sofocante y el escenario salvaje. Una subjetividad que ha perdido la capacidad de comprender al otro, de entender a las personas, y de hacer consciente y cuestionar su propio comportamiento.

Cetarti, quien siente repulsión y rechazo cuando ve los video pornográficos que Duarte coleccionaba y en lo que se observan todo tipo de vejación y maltrato a la especie humana, parece no reparar en el hecho de estar colaborando con el secuestro y la extorsión de la mujer anciana a quien finalmente Duarte y Danielito tenían planeado asesinar. Cetarti convive junto al horror *sin verlo, ni sentirlo*. Sin entender, ni preguntarse demasiado de qué tipo de operación está formando parte, acepta ayudar a Duarte como quien acepta darle una mano a un viejo amigo en problemas a cambio de un poco de marihuana y una suma de dinero que le permitiera vivir en algún país extranjero por unos meses sin preocuparse por su subsistencia.

Bajo este sol tremendo despliega la singularidad de estas subjetividades marginales que no se interrogan, que no muestran fisuras ante el horror pues parecen no percibirlo más que como parte de una realidad inevitable, de un espectáculo salvaje del que forman parte y en el que sólo les queda seguir ciegamente las reglas del juego.

Bibliografía

Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. Traducción de Antonio Gimeno Cuspina. Valencia: Pre-textos, 1998.

Busqued, Carlos. *Bajo este sol tremendo*. Barcelona: Anagrama, 2009.

Calveiro, Pilar. *Violencias de Estado: La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.

Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población*. Prólogo de François Ewald y Alessandro Fontana. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Žižek, Slavoj. *La suspensión política de la ética*. Traducción de Marcos Mayer. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005a.

_____. *Violencia en acto: Conferencias en Buenos Aires*. Prólogo de Analía Hounie. Traducción de Patricia Willson. Buenos Aires: Paidós, 2005b.